

# A la memoria de un amigo fiel

Isabel Cristina Ángel Escobar

Esta es la historia de Dicky, nuestro perro en la época en que vivíamos en una unidad campestre. Éramos 11 niños, yo vivía en la casa 3, teníamos un riachuelo y una caballeriza. Dicky solía escaparse no sé para donde y solo regresaba al anochecer. Un día regresó temprano, cojeando. Tenía una herida abierta por el ligamento inguinal hacia la pierna. Estaba muy mal y mi papá, que es doctor, decidió cocerla.

Mi patio se convirtió en quirófano, la mesa para comer se volvió camilla y la mesita del asador soportó pinzas, gasas, agujas y una bolsa de suero. El animal era fuerte; a mis 10 años, me llegaba hasta el hombro. Mi hermano lo tuvo que agarrar de las patas de adelante y el hocico. Mi papá me dijo que yo le tuviera quietas las patas traseras, que no me preocupara si me untaba y que me pusiera unos guantes. A mi amiga le puso la tarea de pasarle las cosas que le pidiera. Y así, empezó la cirugía.

Mi papá se puso los guantes, cogió un pan aliñado, le metió una pepa y se lo dio a Dicky para que se durmiera. Tiempo después cuando ya no forcejeaba, pudo aplicarle el anestésico. La herida era grande. Yo solo veía sangre y pedacitos de pasto y tierra. Mi padre usó el suero para limpiar bien la herida; recuerdo la impresión de ver que con la gasa, restregaba la carne expuesta. Pero era necesario. Ahora que lo pienso, fue allí donde hubo más sangre y por eso mi amiga comenzó a ponerse pálida. Mi papá estaba concentrado. Lo único que nos hizo voltear la vista de la herida fue el estrépito de mi amiga cuando se desmayó sobre el asador.

Mi papá la levantó y la llevamos al sofá. Apenas recobró el sentido, y llegó mi madre para ayudarnos, volví corriendo a la mesa para ver la destreza con que mi papá manejaba la aguja curva enhebrada con hilo grueso de color negro. En el último punto - jamás lo olvidaré - y con una sola mano, anudó y haló el hilo como si lo que hubiera hecho, fuera nada. Luego, volvió a aplicar suero, secó con una gasa y puso otra que fijó con microporo sobre los puntos. Una vez acabó, mi mamá le tenía dispuesta una camita en el cuarto de herramientas y allá lo llevó mi padre.

Resulta que Dicky había tomado la costumbre de meterse a otras casas saltando los alambres de púa y en una de esos saltos, se había desgarrado. Se recuperó y aprendió que si le cabía la cabeza, podía meter todo su cuerpo. Luego, nos mudamos a una casa de San Fernando, después a otra casa de San Joaquín donde nos dimos cuenta que Dicky tenía una enfermedad incurable. Mi familia tomó una decisión difícil pues Dicky estaba sufriendo; hace exactamente 9 años, mi papá volvió a la casa con la cabeza baja, sin saludarnos. Mi madre se acercó y nos dijo con los ojos llorosos e hinchados: Me estaba mirando mientras se dormía.